

Arina Avram

Cuento de nieve



Arina Avram

Cuento de nieve

Sorbo de viento
corazón de luna
mefistófeles de la
luna

Este o telenovela autoctona,
nascută la Poiana Brăgoz

an 2000, 2000



Cuento de nieve

Arina Avram

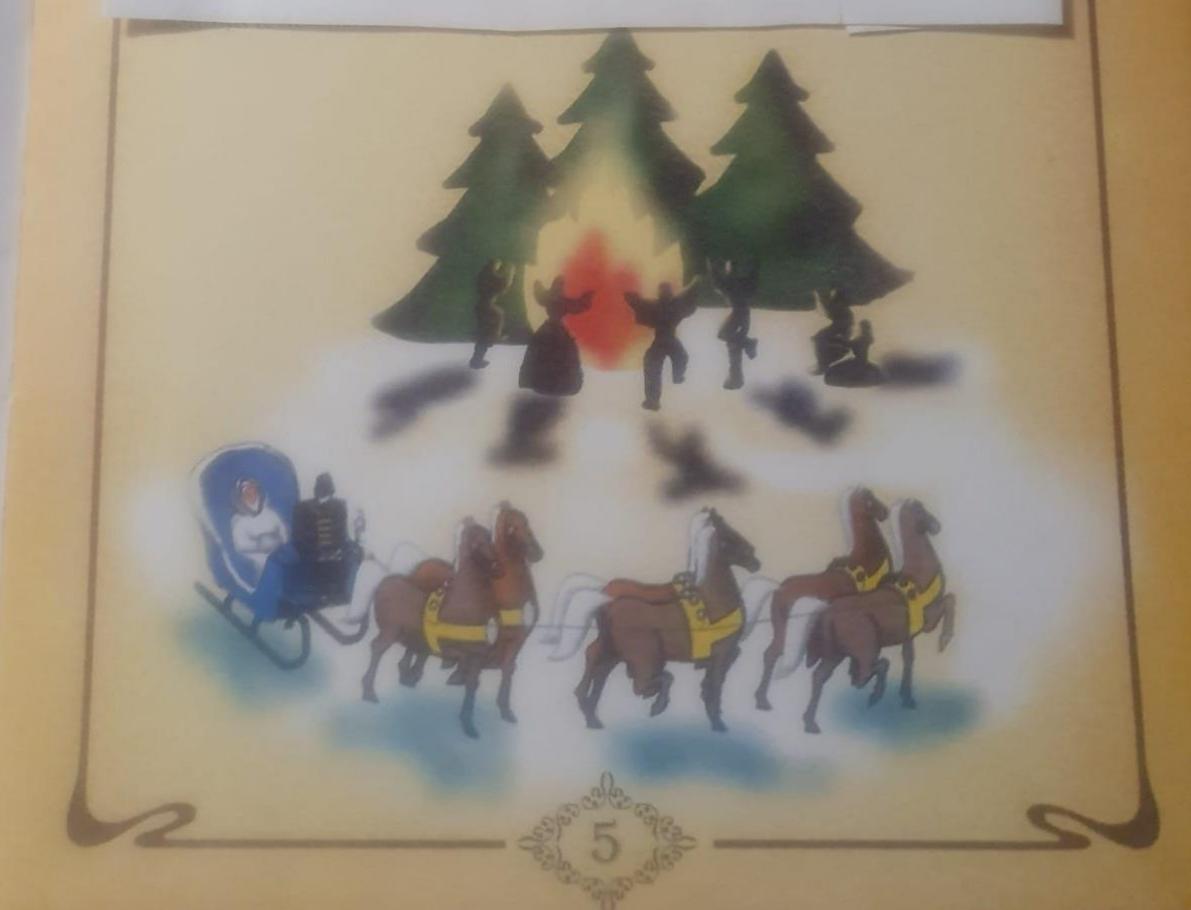
Cuento de nieve



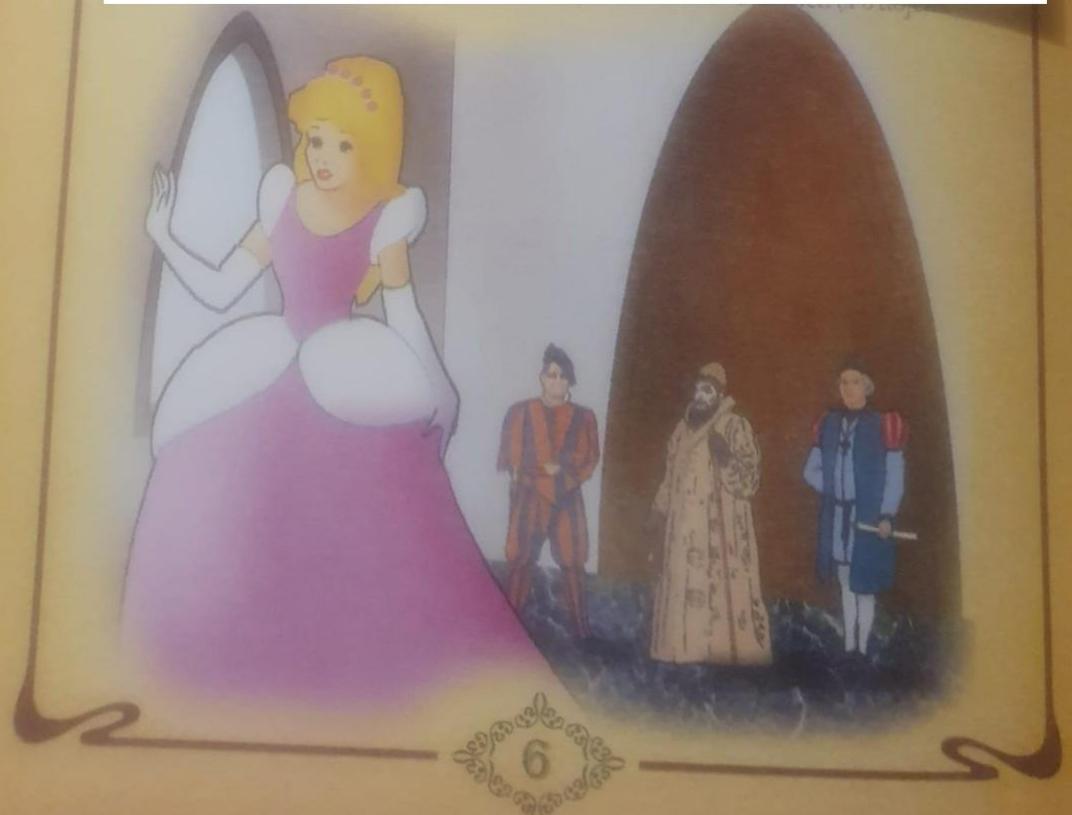
Había una vez un fuego desatado en un mar de hielo. Los cansados abetos vestidos con mantos blancos habían dejado colgar las ramas bajo la pesada carga de la nieve. Lenguas de fuego doradas y rojas se elevaban, despidiendo luz y calor. El fuego apagaba la tristeza de los gitanos, cantándoles sus ardientes canciones. A su alrededor, ellos también cantaban a todo volumen, al borde del bosque doblado bajo el peso de la nieve. Al atardecer, unas cuantas chicas con vestidos multicolores y unos cuantos chicos de piel oscura, con pantalones y cinturones brillantes, bailaban salvajemente. Su sangre caliente desafiaba el cruel invierno. Un trineo con cascabeles se detuvo lentamente frente a ellos. Unos ojos azules, tan serenos como el cielo de verano, contemplaban el espectáculo rebosante de color y magnificencia. Ella era la hija del emperador envuelta en sus joyas y finas pieles. La princesa había ordenado al cochero que detuviera el trineo plateado. El paisaje invernal y la magia de las canciones la fascinaban. Un joven guapo de cabello negro, con el cabello ondeando al viento, esbelto y siempre rodeado de chicas alegres, apareció ante su vista. Sus agudos ojos de guerrero la vieron. Él la miró por mucho tiempo, con asombro, y una absurda emoción agitaba el corazón de la princesa.

-¡Arranca el trineo! -ella le urgíó al cochero-. ¡Arranca! ¡Rápido!

Quería correr lo más lejos posible para esconderse de los extraños sentimientos, pero la distancia los acentuaba.



En ese momento, el emperador había anunciado que deseaba casar a su hija con el hijo de un príncipe. Vinieron descendientes de los sultanes, hijos de reyes de Occidente, descendientes de los vaivodas, herederos de los faraones, príncipes del País de la Seda y del País del Sol Naciente... Larisa, la princesa rubia con apariencia etérea, lloraba y suspiraba amargamente. Rechazaba a todos y cada uno de los pretendientes, lo que molestaba a su padre. De vez en cuando, ella salía a dar un paseo en trineo por el bosque, pasando cerca del asentamiento gitano. Allí miraba al elegido de su corazón, ya sea a escondidas o directamente. Pero él no daba signos de respuesta. Casi siempre volvía al palacio con lágrimas en las mejillas, viéndolo en compañía de una chica con el cabello negro como el azabache derramándose sobre sus hombros, color chocolate, como un velo de seda. Cada vez que los guardias anuncianaban la llegada de un nuevo pretendiente, Larisa corría al salón con la esperanza de que apareciera el príncipe de los gitanos. Pero todo era en vano. Vinieron decenas de caballeros, tan ricos, tan poderosos... El emperador se volvió cada vez más apático. Tenía miedo de que un día fuera al cielo y no llegara a ver a su muchacha casada. El reino podría decaer, gobernado por una mujer tan hermosa como imprudente. Lamentaba amargamente no tener otros hijos en los que depositar sus esperanzas para el futuro de su reinado. Perdiendo la paciencia, llamó un día a su hija y la regañó:

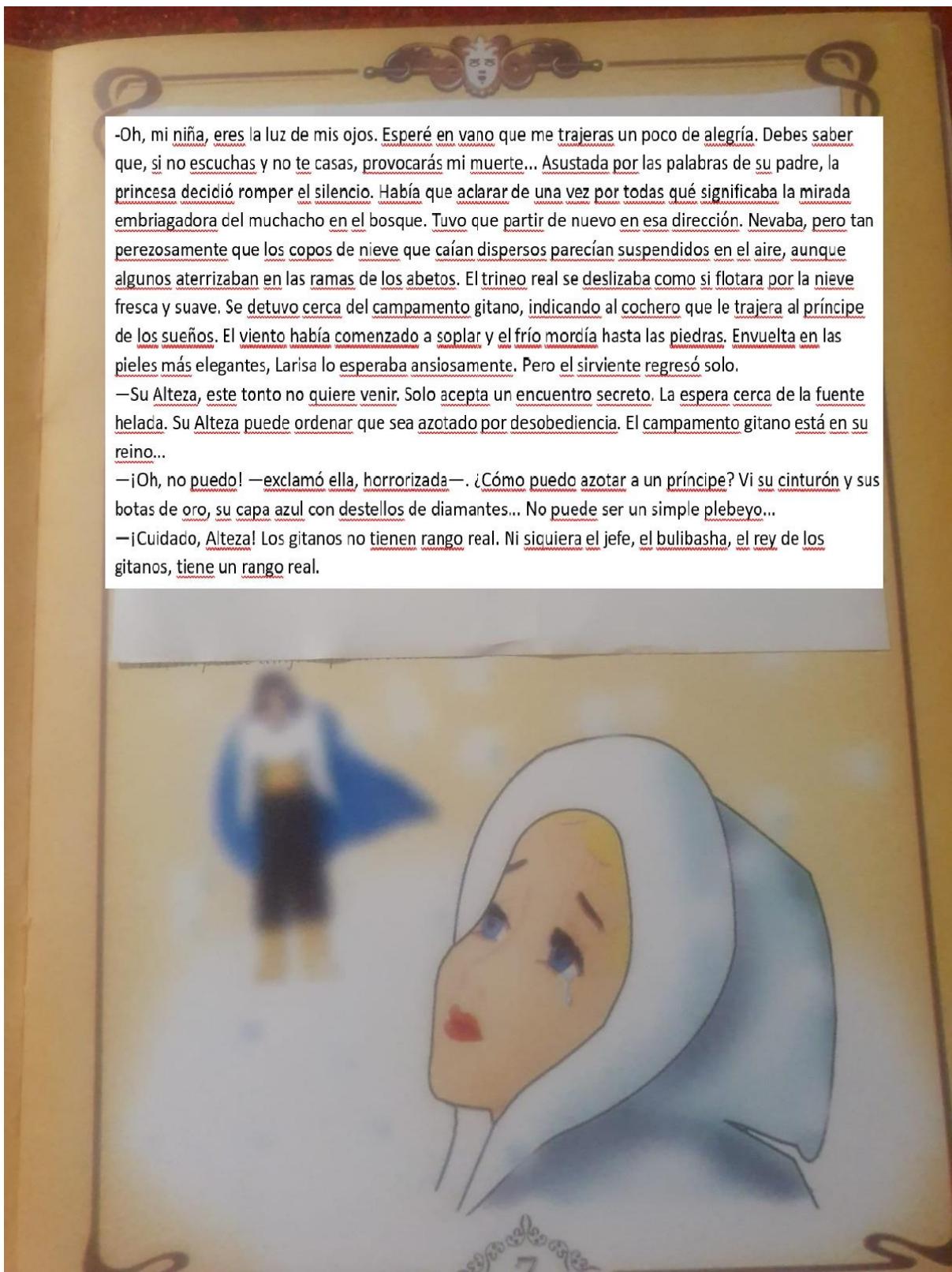


-Oh, mi niña, eres la luz de mis ojos. Esperé en vano que me trajeras un poco de alegría. Debes saber que, si no escuchas y no te casas, provocarás mi muerte... Asustada por las palabras de su padre, la princesa decidió romper el silencio. Había que aclarar de una vez por todas qué significaba la mirada embriagadora del muchacho en el bosque. Tuvo que partir de nuevo en esa dirección. Nevaba, pero tan perezosamente que los copos de nieve que caían dispersos parecían suspendidos en el aire, aunque algunos aterrizaban en las ramas de los abetos. El trineo real se deslizaba como si flotara por la nieve fresca y suave. Se detuvo cerca del campamento gitano, indicando al cochero que le trajera al príncipe de los sueños. El viento había comenzado a soplar y el frío mordía hasta las piedras. Envuelta en las pieles más elegantes, Larisa lo esperaba ansiosamente. Pero el sirviente regresó solo.

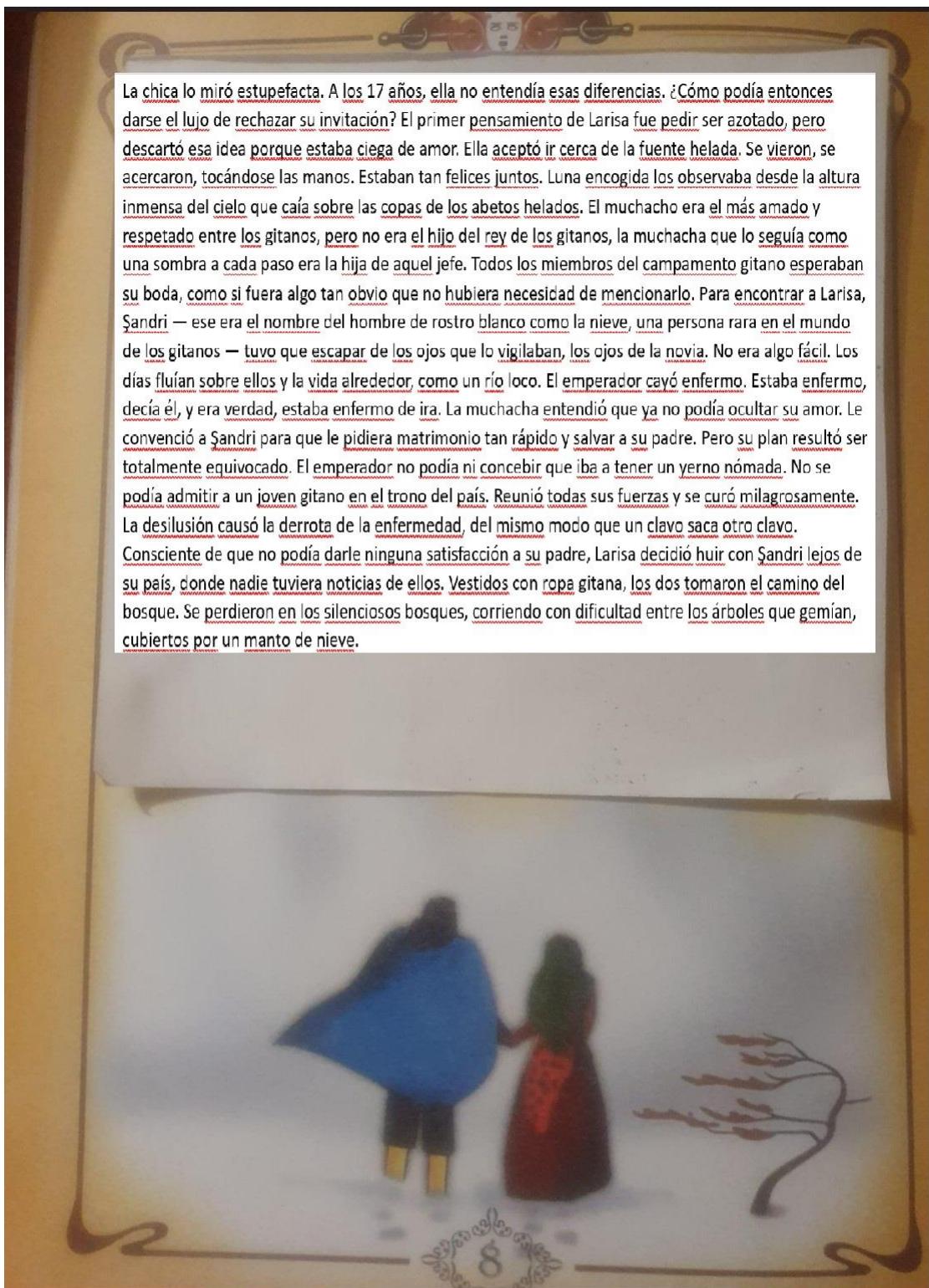
—Su Alteza, este tonto no quiere venir. Solo acepta un encuentro secreto. La espera cerca de la fuente helada. Su Alteza puede ordenar que sea azotado por desobediencia. El campamento gitano está en su reino...

—¡Oh, no puedo! —exclamó ella, horrorizada—. ¿Cómo puedo azotar a un príncipe? Vi su cinturón y sus botas de oro, su capa azul con destellos de diamantes... No puede ser un simple plebeyo...

—¡Cuidado, Alteza! Los gitanos no tienen rango real. Ni siquiera el jefe, el bulibasha, el rey de los gitanos, tiene un rango real.



La chica lo miró estupefacta. A los 17 años, ella no entendía esas diferencias. ¿Cómo podía entonces darse el lujo de rechazar su invitación? El primer pensamiento de Larisa fue pedir ser azotado, pero descartó esa idea porque estaba ciega de amor. Ella aceptó ir cerca de la fuente helada. Se vieron, se acercaron, tocándose las manos. Estaban tan felices juntos. Luna encogida los observaba desde la altura inmensa del cielo que caía sobre las copas de los abetos helados. El muchacho era el más amado y respetado entre los gitanos, pero no era el hijo del rey de los gitanos, la muchacha que lo seguía como una sombra a cada paso era la hija de aquel jefe. Todos los miembros del campamento gitano esperaban su boda, como si fuera algo tan obvio que no hubiera necesidad de mencionarlo. Para encontrar a Larisa, Sandri — ese era el nombre del hombre de rostro blanco como la nieve, una persona rara en el mundo de los gitanos — tuvo que escapar de los ojos que lo vigilaban, los ojos de la novia. No era algo fácil. Los días fluían sobre ellos y la vida alrededor, como un río loco. El emperador cayó enfermo. Estaba enfermo, decía él, y era verdad, estaba enfermo de ira. La muchacha entendió que ya no podía ocultar su amor. Le convenció a Sandri para que le pidiera matrimonio tan rápido y salvar a su padre. Pero su plan resultó ser totalmente equivocado. El emperador no podía ni concebir que iba a tener un yerno nómada. No se podía admitir a un joven gitano en el trono del país. Reunió todas sus fuerzas y se curó milagrosamente. La desilusión causó la derrota de la enfermedad, del mismo modo que un clavo saca otro clavo. Consciente de que no podía darle ninguna satisfacción a su padre, Larisa decidió huir con Sandri lejos de su país, donde nadie tuviera noticias de ellos. Vestidos con ropa gitana, los dos tomaron el camino del bosque. Se perdieron en los silenciosos bosques, corriendo con dificultad entre los árboles que gemían, cubiertos por un manto de nieve.



Enfurecido como nunca antes, el emperador ordenó buscar a los fugitivos, ofreciendo una gran recompensa a cualquiera que aportara una pista sobre su localización. Los ejércitos imperiales se desplegaron por todo el país para encontrar a la princesa, pero en vano. Un día, una gitana enigmática de cintura de avispa y ojos penetrantes llegó al palacio envuelta en un manto gris. Era misteriosa y rara. Pidió ser recibida por el emperador, pues traía importantes noticias sobre su hija. El soberano accedió a recibirla de inmediato, pero la amenazó con romperle el cuello si intentaba engañarlo. Paso a paso, Liubka, la hija del rey de los gitanos, avanzó hacia el trono y se arrojó a los pies del emperador. Se dice que el amor gitano es el más fuerte de la tierra, y que el amor es una enfermedad tan dolorosa. —Su Alteza, yo sé dónde está su única hija. Me robó a mi amante y pisoteó su orgullo... Los perseguí durante noches y días. Nunca me detuve, luché para separarlos usando hechizos. Pero el Señor escuchó sus oraciones... Su Alteza, he venido a informarle que consulté mi bola mágica y finalmente descubrí su escondite. Envíe rápidamente a los soldados para que traigan a la chica, pero júreme que no tocará a mi hombre. No le pido nada más. Sólo... espero que Sandri vuelva a mí, ¿de acuerdo?



El emperador ordenó a su ejército que se dirigiera rápidamente hacia la cueva donde Larisa se había refugiado junto con el príncipe de los gitanos, tal como había dicho la gitana. Ordenó que le llevaran a la muchacha, instruyendo a un sirviente fiel para que le quitara la vida al hombre que se había atrevido a robársela. También le pidió que quemara su cuerpo y esparciera sus cenizas al viento en las cuatro direcciones. Al llegar a la cueva, el ejército del soberano solo encontró a la bella princesa, porque el muchacho estaba cazando. Acorralada, Larisa, desesperada, se enfrentó a los soldados y perdió. Dos hombres fuertes la ataron a la silla de montar de un caballo, y todos partieron hacia el palacio. El sirviente encargado de matar a Sandri se quedó esperándolo en la cueva. Comenzó una tremenda tormenta de nieve que nadie había anticipado. Apenas se podía mantener el equilibrio contra el viento, que siblaba furiosamente desde los cuatro puntos cardinales. Con el rostro cubierto por un tupido velo, Liubka se interpuso en el camino de los soldados para asegurarse de que traían a la hija del emperador. Al verla atada de esa manera, la gitana, satisfecha, preguntó dónde estaba su hombre. Los soldados, con sus armaduras brillantes, respondieron con sonrisas burlonas, mofándose de ella. Le dijeron que estaba muerto, ignorando quién era aquella misteriosa mujer. Ella, como si una serpiente la hubiera mordido, lanzó un grito desgarrador y se internó en el bosque. Sus clamores se entrelazaron con el aullido del viento. Los ojos de Larisa se llenaron de lágrimas al escuchar esas crueles palabras.



Agotada, Liubka luchó contra los montones de nieve que le impedían llegar más rápido a la cueva para salvar a su amante. Un búho ululaba con su voz grave, quebrando el silencio del bosque. Tras horas de búsqueda, la gitana llegó a la cueva, donde un gran fuego se alzaba. El fuego mortal rugía y gruñía, lanzando sus llamas rojas y anaranjadas hacia el cielo como puños cargados de ira. El aire olía a carne quemada y a troncos recién cortados con hacha. Dominada por un fuerte mareo, con sudores fríos, temblores y alucinaciones, Liubka se desplomó sobre la nieve. Grandes copos caían del cielo, formando una capa blanca sobre su cuerpo y el suelo. Sus sueños se desvanecieron, derritiéndose como enjambres de mariposas de nieve al contacto con el fuego. En el palacio reinaba la angustia. Desde que se enteró de la muerte de Sandri, Larisa ya no tenía ganas de vivir. Todos los días, durante horas, rezaba por su alma en la pequeña iglesia de la corte imperial. Nunca hablaba con su padre y evitaba cualquier discusión. Todavía llegaban caballeros, príncipes y descendientes de reyes, atractivos, solícitos y deseosos de casarse con ella. Larisa le advirtió a su padre que se suicidaría si la obligaba a casarse en contra de su voluntad. Una tarde, cuando regresaba del lugar de oración, una mujer vestida con colores oscuros, como un fantasma, se le apareció en el camino.

-Tú lo mataste! ¡Tú lo mataste! gritaba mientras la golpeaba con todas sus fuerzas.

Era Liubka, quien descargaba su ira sobre su rival. Larisa no se defendía. Se dejó caer, inerte, suspirando y sollozando. Varios sirvientes acudieron en ayuda de la princesa. A duras penas lograron quitarle a la muchacha desenfrenada de encima.



El emperador, notificado de inmediato, ordenó a sus soldados que despejen el campamento gitano a toda prisa. Apenas pudo controlar su impulso de pedir que mataran a todos los gitanos, porque ellos eran la causa de todos sus problemas. Larisa había sufrido golpes por todo el cuerpo y estaba muriendo con grandes dolores. Ni los mejores médicos ni los curanderos más aptos del mundo pudieron ayudarla.

El emperador había prometido conceder hasta la mitad del reino a quien pudiera curar a su hija.

Mientras esperaba, con el corazón roto, la señal para hacer sonar todas las campanas del país, un sirviente se acercó por detrás y le susurró algo al oído. Una anciana gitana insistía en dar una medicina a la princesa, un elixir milagroso. Tan pronto como escuchó estas palabras, el emperador se volvió loco.

- ¡Otra vez no, otra vez no, otra vez no! No deseo oír hablar nunca más de gitanos ni volver a verlos.

¡Ponla inmediatamente en cadenas!

En ese momento, apareció la niñera de Larisa, con los ojos rojos de tanto llorar. Ella había reemplazado a su madre después de que la emperatriz muriera al dar a luz.

- Su Majestad, creo que la princesa se está muriendo. Deberías venir a ver a su hija en su lecho de muerte, reconciliarse en el último momento.

El soberano estaba agobiado por los años. Entró con dificultad en la habitación de la muchacha. La luz de sus ojos comenzaba a desvanecerse. Varias criadas susurraban entre ellas. Todas habían oído que una bruja gitana había sido encarcelada en el sótano del palacio.

-¿De qué están hablando? retumbó la voz del emperador, sorprendido por su osadía. Las chicas se quedaron en silencio, asustadas. La princesa estaba a punto de entregar su último suspiro. Una de las criadas se puso roja como el fuego y estalló:

- ¡Gran emperador, trae rápidamente a la gitana! Quizás esta sea la última oportunidad...

Con un dolor desgarrador, el corazón paterno se ablandó. Inmediatamente mandó llamar a la anciana que se había jactado de poder salvar a su hija. Pero no olvidó amenazarla con enviarla a la horca si lo engañaba. La gitana pidió que la dejaran a solas con la princesa, un deseo que fue respetado. No había momento que perder. La anciana se acercó a Larisa, se arrodilló y le besó la mano.

-Mi hermosa, soy la madre de Sandri... Como por arte de magia, el rostro cadáverico de Larisa la contemplaba con la extrañeza de un niño.

- Su Alteza, tengo una noticia maravillosa que darle: mi hijo está vivo...

De repente, la princesa dejó escapar un breve grito de felicidad, y la sangre se apresuró a teñir sus mejillas.

-Me envió un mensaje a través de un monje, pero me pidió que no se lo contara a nadie, para no poner en peligro la vida de quien le salvó la vida. En lugar de matarlo y quemarlo, tal como se le había ordenado, el sirviente quemó al chivo que Sandri había cazado. El hombre se compadeció de mi hijo, porque él mismo había perdido un hijo al nacer. Su hijo debería tener la misma edad que Sandri. Ese hombre le hizo jurar a mi hijo que se iría y no volvería nunca.



La anciana también le contó cómo había salido del campamento gitano, escondiéndose en una cabaña abandonada, en el corazón del bosque, solo para poder hablar con ella algún día. El monje le había confesado que Sandri extrañaba a la princesa, pero que no quería volver a verla para no causarle más pena.

- Mi querida niña, si Sandri quiere olvidarte, olvídalos también a él. ¡Cásate! Proclámate emperatriz, vive tu vida. Por eso vine aquí, para decirte que mi hijo sería el más feliz del mundo si supiera que su amada está bien. ¡Levántate! En realidad no tienes ninguna dolencia... No estás enferma, solo tienes el corazón destrozado. Dile a tu padre que me dé algunas monedas de oro porque te he curado. Algo para el camino. No te preocupes, no necesito la mitad del reino...

Larisa suspiró profundamente y volvió a colapsar en la cama. Entonces le confesó a la gitana que ya no quería vivir sin Sandri, aunque él prefería verla feliz en su mundo. Ella comenzó a sollozar, rogándole que la ayudara a encontrarlo. La gitana se fue sin pedir recompensa, después de haberle dicho a la princesa dónde debía buscar a su hijo. Se había convencido a sí misma de que ella amaba de verdad a Sandri, que estaba dispuesta a dejar el trono para vivir con su amado.

Larisa se recuperó rápidamente después de la reunión con la madre de Sandri. Tan pronto como estuvo lo suficientemente bien, tomó un par de cosas estrictamente necesarias y se dirigió al bosque. La nieve brillaba al sol, y el cielo era de un azul aterciopelado. La anciana salió a su encuentro. Le dio tres palitos mágicos para usarlos en caso de gran peligro en el camino. Si rompiera uno de ellos, todas las criaturas vivientes del bosque saltarían en su ayuda.

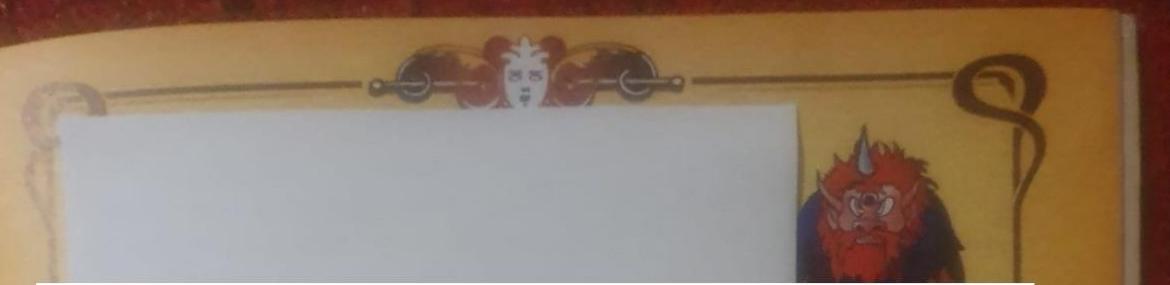


Sin embargo, ella le aconsejó que los usara solo sabiamente en los momentos más difíciles, porque la esperaban grandes peligros. La hija del emperador se lo agradeció calurosamente y salió rápidamente, temiendo que las tropas del palacio la siguieran. Se hundió en el bosque sin mirar atrás. Durante días avanzó entre los montones de nieve, penosamente, sin detenerse, enfrentando la tormenta. Agotada, una noche escuchó un estremecedor ronquido que provenía de un callejón sin salida. Contuvo la respiración, por miedo a despertar al animal, hasta que pasó cerca de su guarida. Mientras exhalaba un suspiro de alivio, un oso la agarró con sus grandes patas. Al oler la carne humana, el monstruo se había despertado de su hibernación. Estaba hambriento y enfurecido; por eso había salido a atacar. Tomada por sorpresa, Larisa se había olvidado por completo del regalo de la gitana. En su mente rezó: era hora de enfrentar su destino. Cuando la bestia trató de arrastrarla a su guarida, el velo se le enganchó en el asa del bolso y tuvo que tirar con fuerza, presa del pánico. Por fin aparecieron ante sus ojos los palitos mágicos. De repente, dio un grito de sorpresa, como si la hubieran despertado de un sueño. Agarró un palito con la boca y lo rompió con los dientes. Pronto empezaron a llegar los animales salvajes desde cada rincón del bosque. La habían rescatado de las garras del oso.



Siguió su camino respirando con dificultad. Estaba muy triste porque había perdido uno de los palitos mágicos. El frío calaba hasta los huesos, y el viento la golpeaba como latigazos ardientes. Lo único que la mantenía en pie era la esperanza de encontrar al hombre al que amaba. La noche era profunda y amarga, inusualmente fría. En algún lugar del bosque, un búho aulló, como un mal presagio. Cuando el peligro parece inminente, es inminente. Desde la sombra de un árbol secular apareció la figura de una mujer fea vestida de negro. Era la bruja del bosque, como una horrible momia, con las mejillas hundidas y los ojos desmesuradamente grandes. Sus manos descarnadas parecían emparentadas con las garras de un águila. La vieja bruja tenía un único objetivo: comer chicas para refrescar su sangre. La bruja entró de puntillas con un cuchillo en la mano. Era feliz: podía matarla fácilmente mientras dormía. El perro comenzó a ladrar y a azotar el aire viciado con su cola. La princesa se despertó asustada. De repente, la bruja avanzó decidida, lista para darle el golpe final. Antes de que pudiera abrir la jaula, como por arte de magia, Larisa vio su bolso. Sacó rápidamente un palito mágico y lo rompió. Inmediatamente, la casa de la bruja del bosque fue atacada por todos los animales del lugar, quienes liberaron a la muchacha y destruyeron a la vieja fea.





Desesperada, la muchacha rompió el último palito. Todas las criaturas del bosque acudieron en su ayuda, derribando al gigante. Liberada de las manos del monstruo, la chica continuó su ascenso en silencio. Sin embargo, el monstruo seguía tras su rastro. Había fingido estar muerto y logrado engañar a los ayudantes de la princesa. Después de que los animales se dispersaron en el bosque, el Ogro partió de inmediato en busca de Larisa, su elegida. La atrapó sin mucha dificultad, encerrándola en una de las habitaciones de su cabaña, y se dedicó con fervor a los preparativos de la boda. La muchacha lloró desconsoladamente y se lamentó con amargura, elevando constantes oraciones a Dios, implorando su ayuda. Miraba desesperada a través de la ventana enrejada, observando los copos de nieve que caían, danzando con gracia en el aire gélido. Día y noche, el insomnio la torturaba... hasta que tomó una decisión: acabar con su vida. La noche anterior a la boda, cuando el reloj marcó la medianoche, escuchó una voz. Era una voz peculiar, con una inflexión extraña, casi celestial. Miró aterrorizada hacia la puerta, convencida de que el Ogro de la montaña aparecería, imitando aquella voz para engañarla y doblegar su voluntad. Pero la puerta permaneció inmóvil.

Desesperada, la muchacha rompió el último palito. Todas las criaturas del bosque acudieron en su ayuda, derribando al gigante. Liberada de las manos del monstruo, la chica continuó su ascenso en silencio. Sin embargo, el monstruo seguía tras su rastro. Había fingido estar muerto y logrado engañar a los ayudantes de la princesa. Después de que los animales se dispersaron en el bosque, el Ogro partió de inmediato en busca de Larisa, su elegida. La atrapó sin mucha dificultad, encerrándola en una de las habitaciones de su cabaña, y se dedicó con fervor a los preparativos de la boda. La muchacha lloró desconsoladamente y se lamentó con amargura, elevando constantes oraciones a Dios, implorando su ayuda. Miraba desesperada a través de la ventana enrejada, observando los copos de nieve que caían, danzando con gracia en el aire gélido. Día y noche, el insomnio la torturaba... hasta que tomó una decisión: acabar con su vida. La noche anterior a la boda, cuando el reloj marcó la medianoche, escuchó una voz. Era una voz peculiar, con una inflexión extraña, casi celestial. Miró aterrorizada hacia la puerta, convencida de que el Ogro de la montaña aparecería, imitando aquella voz para engañarla y doblegar su voluntad. Pero la puerta permaneció inmóvil.

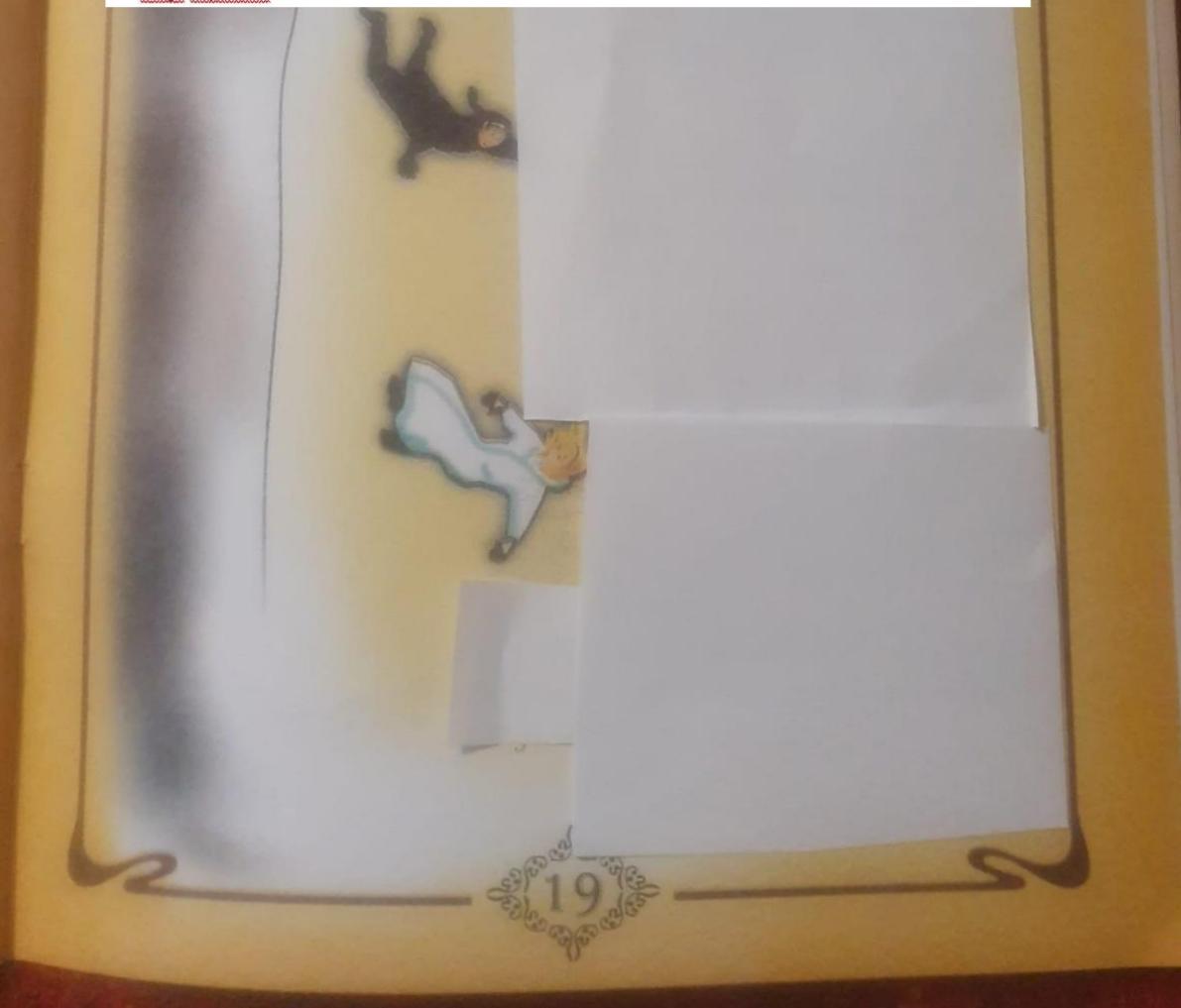




Una luz cegadora entraba por la ventana. Larisa se frotó los ojos y se sobresaltó. Un verdadero ángel, con alas blancas y brillantes como la nieve fresca, le hablaba. Él había llegado gracias a las oraciones de Sandri, que estaba en el monasterio enclavado bajo una roca, en la cima de la montaña. Tras romper los barrotes de la ventana, el ángel la instó a salir de la prisión. Su luz guió sus pasos, para protegerla de los malos espíritus de la noche. Le prometió llevarla a su amado. Al amanecer llegaron a la puerta del monasterio y el ángel desapareció. Larisa no se atrevió a entrar, siendo un convento para hombres. Esperó humildemente que llegara la luz del día, con la esperanza de que alguien la viería. Tenía los pies helados. Cada paso que daba le producía un gran dolor. Ya no podía sentir los pies, cuando un monje con una barba blanca le preguntó qué buscaba en un lugar como ese. Rompiendo en lágrimas, la muchacha le pidió que trajera a Sandri. Grande fue la sorpresa del muchacho al verla. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

- ¡Sandri, mi vida, mi corazón, mi alma... todo! gritó la princesa y lo abrazó. Él trató de evitar las caricias de la muchacha, que no eran permitidas por la Iglesia, ya que él era un monje. Pero Larisa no podía entender las restricciones. Había venido de tan lejos, enfrentando peligros, para encontrarlo. No podía entender la vida sin él. Sandri veía las cosas de manera completamente distinta. Él también la amaba, pero era consciente del peligro. La ira del emperador era algo terrible. Pensaba que había encontrado la paz en su interior, que había conseguido aceptar su vida de muerto viviente. Decepcionada por su actitud, la princesa se enfadó. Se despidió rápidamente, atravesando la nieve a toda velocidad, sin mirar atrás. Sandri corrió tras ella, tratando de convencerla de que no era buena idea. Ese no era el modo de despedirse de unos buenos amigos. De repente, Larisa se arrojó al abismo infernal que se abría al lado de un sendero.

El muchacho se inclinó ante el Señor y se lanzó también hacia el vacío, devastado porque no había podido detenerla... Había empezado a nevar de nuevo cuando las tropas del emperador llegaron a las puertas del monasterio. Pidieron a los monjes que les ayudaran a localizar a la princesa Larisa y a Sandri. El anciano abad dijo que los había visto juntos a los dos, desde la ventana de su celda, y describió con abundantes detalles cómo había ocurrido todo. Todos corrieron hacia el precipicio. Bajar a ese barranco era una locura, incluso en verano, y mucho menos en invierno, cuando se producen avalanchas mortales. Pero los hombres del emperador no podían regresar con las manos vacías, pues les esperaba el hacha del verdugo. Sólo al caer la noche consiguieron traer a la superficie dos enormes bolas de nieve. Los dos amantes se habían convertido en esas grandes bolas durante la caída. Quitaron con cuidado la nieve espesa, liberando los cuerpos. Los llevaron rápidamente al monasterio. Ante el asombro de todos, ambos comenzaron a moverse. Cuando recuperaron sus sentidos y se vieron rodeados por el ejército del emperador, ambos gritaron. No deseaban que fueran salvados. Cada uno temblaba con los latidos del corazón del otro. Cuando pensaban que todo se había acabado, apareció el propio emperador. Los abrazó, besó a Larisa y después a Sandri en la frente, sorprendiendo a todos, aunque sin antes examinar la oreja izquierda del chico.



¿Qué había pasado? La anciana gitana, madre de Sandri, había ido al palacio después de un sueño siniestro. Llevada por los remordimientos, le había confesado al emperador que Sandri no era su hijo, sino el hijo del rey de Oriente. Cuando el campamento gitano estaba en esas tierras orientales, ella había llegado a servir como vidente en el palacio. Estaba esperando un hijo al mismo tiempo que la reina. Su marido había muerto, mordido por una víbora, antes de que ella fuera madre. El mismo día, tanto ella como la reina habían dado a luz, pero ella no tuvo la suerte de la reina. Su bebé nació muerto. Después de la pérdida de su esposo, no habría podido soportar que algo así le sucediera. Había estado esperando el momento oportuno, cuando el hijo del rey quedó desatendido, y lo vistió con los harapos de su hijo fallecido. Había vestido el cadáver de su bebé con la ropa principesca del Infante real y lo había colocado en su cesta de oro. Abandonó a su propio hijo muerto y huyó con el niño vivo de la realeza. La marca en la oreja izquierda de Sandri, una característica distintiva de todos los miembros de la familia gobernante oriental, era la prueba evidente de sus palabras. El emperador le había ordenado que trajera a los dos amantes, completamente feliz. "Había enviado un mensajero a la corte del Rey del Oriente para informarle de lo sucedido. Abrumado por la alegría, porque su hijo, a quien creía perdido desde la infancia, estaba vivo, partió junto con su reina consorte para llevarlo a casa. Después de que reconocieron la marca en la oreja de Sandri, se celebró una boda de cuento de hadas en dos países, como nunca antes se había visto. Día tras día, la gitana lloraba y suplicaba clemencia, rogando al príncipe robado que la comprendiera. La perdonaron y decidieron seguir adelante, con valentía... Después de la boda, comenzó a nevar copiosamente y reinaba un dulce silencio, un silencio profundo, el silencio de la nieve.





ISBN 978-25-0057-1